



Capítulo 419: ¿Tienes un momento?

En el momento en que Vergil terminó de hacer los ajustes finales al vórtice caótico de su alma —ahora más tranquilo después del dominio total de Crymsaria y Nivara— sintió que el mundo que lo rodeaba cambiaba. El olor de la tierra y de las flores se disipó como el humo y la realidad se replanteó. El campo de lirios desapareció y se despertó una vez más en la habitación donde yacía su cuerpo, respirando pesadamente y con el rostro todavía sombrío.

Con fuertes pasos, bajó las escaleras.

Silencio.

Sin brisa, sin ruido común. El vestíbulo de la mansión estaba lleno de presencias poderosas — todas femeninas, todas mirándolo con expresiones cerradas, tensas e incluso indignadas.

Zafiro fue el primero en mirar hacia arriba. Sus ojos azul cielo no contenían ternura en ese momento, sólo preocupación. Sephirothy mantuvo los brazos cruzados y la cola se balanceaba con irritación contenida. Detrás de ellos, los demás esperaban en completo silencio: Rafaeline, con las alas metidas y los ojos oscuros; Stella, con las manos entrelazadas delante del pecho como si rezara por algo que todavía no tenía sentido; Ada, Roxanne, Katharina — incluso Viviane, siempre distante, estaban allí, observando en silencio.

Vergil se detuvo frente a ellos.

"... ¿Qué pasó?" Su voz salió ronca, profunda, como si todavía resonara con la furia de hace minutos. "¿Alguien puede explicarme esta maldita atmósfera?"

Zafiro fue directo.



"Runeas Gremory... resultó gravemente herido durante Walpurgis"

El silencio que siguió pareció cortar el aire en finas hojas.

"... ¿qué tan serio?" Vergil preguntó después de unos segundos, con voz firme pero tensa.

Stella dio un paso adelante. Su voz era baja, melancólica: "Ella está... entre la vida y la muerte"

Virgilio parpadeó. Los ojos que habían mirado a las diosas ahora parecían vulnerables.

"... ¿Fue por el robo del Orbe? preguntó, con los ojos entrecerrados por la frustración. "¿O fueron los golpes directos que recibió?"

Zafiro dudó, pero respondió. "Ambos, quizás. Pero... parece que su vínculo con el Orbe era más profundo de lo que imaginábamos. Ella... estaba conectada al artefacto. Y cuando la Emperatriz Escarlata fue liberada, perdió no sólo poder, sino vitalidad. Como si le hubieran arrancado a la fuerza parte de su esencia."

Vergil apretó los puños. "Maldita sea..."

Estaba a punto de decir algo más, tal vez protestar o exigir respuestas, pero un círculo mágico púrpura apareció en el medio de la habitación, girando como un vórtice de oscuridad y sabiduría antigua. Entre las runas se revelaron símbolos infernales y, en una silenciosa explosión de luz violeta, aparecieron tres figuras de la nada.



Amón, el más alto y frío, con su armadura ennegrecida y sus cuernos de ébano.

Astaroth, envuelto en túnicas negras con ojos de vacío infinito.

Paimon, estaba elegante como siempre, pero con una expresión severa y luciendo muy cansada.

Las tres entidades lo miraron fijamente.

—Vérgil —dijo Amón con voz profunda como un tambor de guerra. "Ven con nosotros. Acum."



Inmediatamente, Katharina dio un paso adelante y la energía demoníaca que la rodeaba se elevó como una pared en llamas.

"¿Qué quieres con mi marido?" ella gruñó.

Paimon levantó tranquilamente una mano y la colocó sobre su cadera, exponiendo su cuerpo a Vergil, tratando de provocarlo. "Apártate del camino, linda, el Poder del Caballero de la Muerte... es necesario para salvar la vida de Runeas"

Virgilio frunció el ceño. "Salva... ¿qué quieres decir?"

Astaroth, con su tono casi inhumano, respondió:

"Hemos capturado al culpable. El que orquestó el ataque. Y necesitamos que lo identifiques."



"¿Y?" Virgilio cruzó los brazos. "No me necesitabas para eso. Sabes cómo utilizar detectores arcanos, lectura del alma, interrogadores psíquicos—"

"Vergil", interrumpió Amón. "Estabas conectado con el demonio llamado Dante. Simplemente ven y confirma que realmente es él. "Nuestros sistemas no tienen ningún dato sobre su rostro"

El silencio que cayó ahora fue diferente. Pesado. Los ojos de Amón estaban fijos y penetrantes. "Y tienes mucho que explicar sobre lo que pasó en ese lugar"

...

La sala de cristal en el sótano de la Ciudad de los Trece Círculos era fría, húmeda y estaba construida con magia viviente. Las runas antiguas brillaban rojas alrededor del centro, donde giraba una esfera de contención, encarcelando al prisionero como si fuera un planeta giratorio en miniatura.



Virgilio llegó con Amón y los demás, seguido por Zafiro y Sepphirothy. Ninguno de ellos quería esperar. Y no los detuvo.

"Lo sellé allí para evitar que escapara o que alguien lo liberara", comentó Amon.

La criatura atrapada dentro del orbe... era un hombre.

Joven, delgada, de piel grisácea. Sus ojos, sin embargo, eran completamente negros —sin iris, sin pupilas. Sonrió, incluso con los labios rotos y el rostro marcado por una evidente tortura.



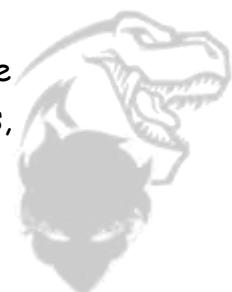
"Éste no es Dante. ¿Es este el bastardo que atacó a Runeas? Vergil preguntó secamente.

Astaroth asintió. "Él... fue manipulado. Pero utilizó el Orbe de la Emperatriz para canalizar el sello de la liberación. Lo llevó a un lugar lejos de la ciudad donde intentaron un Ritual, pero Amón mató a todos y tomó el Orbe, a pesar de que la mujer hizo estallar el sello después y voló a donde estabas

Virgilio se acercó lentamente y sus ojos brillaban rojos.

El hombre lo miró y.... sonrió más.

"Así que eres tú quien destruyó todo el plan otra vez", dijo, con una voz que no coincidía con su cuerpo — múltiples voces, masculinas y femeninas, susurrando al mismo tiempo.



"Ah... qué dolor", respondió Vergil. "Y tú eres la mierda que piensa que es invencible, simplemente deja que este cuerpo muera y se vaya"

"Si yo fuera tú... Yo tendría cuidado con lo que has estado haciendo... a tus esposas no les gustará que las cacen... Quinto Rey Demonio."

La frase fue suficiente.

En menos de un segundo, el aura de Virgilio explotó, todo tembló. El prisionero comenzó a gritar —no por dolor físico, sino porque algo dentro de él estaba siendo arrancado.

"¿Qué estás haciendo?" Paimon gritó.



—Separando las voces —respondió Virgilio con los ojos vacíos. "Lo utilizaron como conducto. Un avatar. Pero todavía hay ecos de la entidad que lo poseyó.
"Y voy a localizar esos ecos"

Fragmentos comenzaron a separarse del cuerpo del hombre — como espectros negros, gritando y tratando de escapar. Virgilio extendió la mano y de la nada apareció una guadaña negra, forjada a partir de sombras y almas comprimidas.

Era algo que había ganado cuando se convirtió en Caballero de la Muerte, pero que nunca había usado.

Cortó el aire hacia el cuerpo del demonio.



Los restos retrocedieron como si el tiempo se hubiera invertido y una imagen más grande apareció en las paredes encantadas de la habitación: un ojo antiguo, gigantesco y en llamas, incrustado entre las estrellas de un avión muerto.

Los ojos de Astaroth se abrieron. "...Eso es... Foarte ciudat."

Zafiro lo analizó pero... "No tengo idea de qué es esta cosa."

Virgilio no apartó la mirada. "Incluso intentar rastrear el origen de la muerte que sufrió no me llevó a ninguna parte"

Luego dirigió su mirada hacia los tres señores infernales. "¿Sabes esta cosa?"



Amón dudó por un momento—el tiempo suficiente para que Virgilio comprendiera que la respuesta sería algo peligroso.

"Así que lo sabes. "Espero que sea algo menos problemático que dos Dragones Celestiales" Virgilio sonrió levemente, pero sin humor. "Bueno, lo que sea. Ese es tu problema."

Ignorando por completo este acontecimiento, Paimon dio un paso adelante. "Salve Runeas. Utilice su conexión con la muerte. Ella está en el umbral. "Aún se la puede retirar."

Virgilio cerró los ojos por un momento. Respiró profundamente.

"...Llévame con ella."



La cámara donde yacía Runeas estaba bañada por una luz púrpura y plateada. El cuerpo de la joven bruja fue envuelto en capas de cristales para preservar lo que quedaba de su alma. Pero su piel estaba pálida y su respiración era casi imperceptible.

Vergil se arrodilló a su lado.

No dijo nada durante unos segundos. Él simplemente miró. Luego le puso una mano en el pecho.

"Esto va a doler muchísimo." Cerró los ojos y convocó el vacío. La Esencia de la Muerte no fue una fuerza de destrucción... sino de cierre, de transición. Y lo usó como puente. Su aura se expandió, cubriendo a Runeas como una manta.

"Despierta", murmuró Virgilio.



Al principio, nada.

La habitación permaneció en silencio, los cristales pulsaban suavemente como si sostuvieran el último eco de la vida de Runeas' atrapada entre planos. Pero entonces—una tenue luz púrpura comenzó a brillar en el centro del pecho de la niña. Un fragmento del Orbe de la Emperatriz Dragón' —incluso destruido— aún resistió, pulsando con una chispa obstinada de energía dracónica.

Algo dentro de ella todavía estaba peleando.

Virgilio sonrió levemente. Sólo la comisura de su labio.

"Eres terco, ¿no? Por supuesto que no ibas a morir tan fácilmente."



Su aura se intensificó. La energía de la Muerte se fusionó con la de la vida, creando un tenue puente entre los mundos.

Runeas jadeó de repente.

Un sonido gutural débil, como la primera respiración después de ahogarse.

Y entonces — itos, tos! — empezó a toser violentamente.

De sus labios goteaba un espeso líquido negro que parecía más una mezcla de veneno, corrupción arcana y dolor físico. El suelo donde goteaba hervía suavemente, liberando vapores de color púrpura.

Vergil acaba de mirar, inexpresivo.



Paimón, de pie junto a él, se llevó la mano a la boca, tensa. Cuando Runeas dejó de toser, jadear, débil y pálido, Virgilio se acercó y habló sin rodeos:

"Runeas, lo siento... pero tu dragón está jodido."

Sus ojos se abrieron.

"Sobreviviste, lo cual ya es un milagro", continuó implacable. "¿Pero el poder de la Emperatriz Escarlata? Olvídalos. Se convirtió en ceniza en el momento en que arrancaron el Orbe. Estás vivo, pero ahora tendrás que caminar por tus propios medios."

Runeas intentó hablar, pero sólo pudo contener un débil gemido, como si todavía estuviera digiriendo la avalancha de información y dolor.

Vergil se encogió de hombros. -Ah, debe haber sido horrible. Lo sé. Pero te regenerarás. Lentamente...pero lo harás."

Luego miró a Paimon con expresión seca. "Maldición de la muerte."

Los ojos de la mujer se entrecerraron por un segundo. Luego dejó escapar un pequeño suspiro y sonrió, esa sonrisa ligeramente afectada que tenía más encanto que compasión.

"Ahora todo tiene sentido..." dijo, ajustándose delicadamente el vestido. "Por eso ella se estaba desvaneciendo lentamente. La muerte no quería llevársela de inmediato, estaba esperando... que el vínculo con la Emperatriz fuera completamente destruido."



Vergil asintió una vez. "Un proceso lento. Casi poético."

Paimon lo miró con una ceja arqueada y sus ojos brillaban con esa incómoda mezcla de admiración y deseo.

"Eres más eficiente que los tres arcontes juntos..." murmuró, dando un paso adelante.

Virgilio miró de reojo, desconfiado.

—Entonces... —se inclinó ligeramente, su cabello fluyó sobre un hombro como seda—... ¿tienes un poco de tiempo ahora? ¿O ya vas a salvar a otra alma casi condenada?

